

## ***DOS VIEJITOS AMABLES***

En el Iquique de finales de los años 60, cuatro niños, en la misma condición de abandono, frecuentan a diario el mercado municipal con el ánimo de ganarse algunas monedas ayudando con las bolsas de mercaderías, a la poca clientela que asiste a comprar. Son chicos de entre 12 y 13 años, que se han criado, prácticamente, solos.

Por aquellos días, la situación económica no es de las mejores, la ciudad atraviesa por un duro momento, la falta de trabajo hace que la gente sobreviva “al tres y al cuatro”, lo que ha llevado a muchos a poner banderas negras en sus casas.

Los cuatro muchachos, sin desconocer esta dura realidad, acuden, sin embargo, cada mañana al mercado con la esperanza de conseguir algo, deambulan y aguardan en vano, muy pocos, por no decir nadie, se interesa en utilizar sus servicios.

Cansados de esta situación, a uno de los chicos, un moreno de 13 años, conocido por el apodo de “Baunco”, se le ocurre la osada idea de viajar a la vecina ciudad de Antofagasta. Alguien le ha comentado que allá las cosas están mucho mejor.

- ¿Y cómo vamos a llegar a “Antogafasta”? - preguntó ansioso el “Cojinoa”, limpiándose con la manga de la camisa, la secreción que constantemente le baja desde las fosas nasales hasta la boca.

- Se dice Antofagasta, "Saco de mocos" - le corrige el "Palometa", quien hace rato se entretiene lanzándole bolitas de miga de pan a una veintena de palomas que, de tanto en tanto, se arremolinan en la calzada, volviendo, en seguida, a la marquesina del Teatro Nacional.

- ¡Y voh, cabezón sabiondo, aprende a lavarte las orejas! - le responde, jocosamente, el "Cojinoa", causando la carcajada de los otros chicos.

- Buena idea la del "Baunco" - dice, rato después, el más pequeño de los cuatro, apodado "Pejerrey" - allá está plata, los mineros ganan plata a manos llenas.

- Pero ¿cómo vamos a llegar hasta allá? - insiste el "Cojinoa".

- De pavo, no más, puh - contesta el "Baunco".

Tiene toda la razón. Pocas son las posibilidades que tienen de viajar en algún bus normal, ninguna agencia les vendería pasajes a unos menores de edad y, aunque así pudiera ser, ellos no podrían comprarlos, ya que no cuentan con el dinero necesario, es por eso que lo único que les queda es irse a la mala en algún camión que vaya al sur...

La decisión que han tomado estos cuatro muchachos de viajar a Antofagasta parece ser la correcta, según su punto vista, pero ellos ignoran que tal temeridad hará que se enfrenten, sin saber por qué razón, con lo misterioso y enigmático, con lo que no tiene explicación.

Así, varios días después, en las cercanías del cementerio N° 3, consiguen, con la complicidad de las sombras de la tarde y sin que el chofer lo advierta, embarcarse en la parte trasera de un camión de carga, pero luego de, aproximadamente, dos horas de viaje, tienen la mala suerte de que el chofer del camión los descubre escondidos entre la carga y los baje a garabato limpio.

Los muchachos tratan de explicarle que no son ladrones, que no encontraron otra forma de viajar a Antofagasta, etc., pero el chofer no quiso escucharlos y, sin más, los dejó botados en pleno desierto y en medio de la oscuridad de la fría noche pampina.

Asustados, tratan de que alguno de los escasos vehículos que logran pasar por la carretera les haga la “paleteá” de llevarlos a la vecina ciudad o traerlos de vuelta a Iquique, pero nadie se detiene. Todos pasan de largo. Algunos solo tocan la bocina y otros hacen señales de luces.

De pronto, ven con desesperación, que una espesa camanchaca comienza a emparar la zona. Lo que los hace entrar en pánico, pues no se ve nada a un metro de distancia. Caminan, prácticamente, a tientas por un buen momento.

Rato después, “Pejerrey” se da cuenta que el “Baunco” ha desaparecido.

- ¿Alguien lo vio? – pregunta preocupado.

- Recién estaba al lado mío – contesta, el “Palometa”.

El “Cojinoa” comienza de inmediato a llamarlo en forma desesperada, pero no hay respuesta. Sobresaltados, lo vocean hacia los cuatro Puntos Cardinales, pero el “Baunco” parece haberse esfumado, en medio de esa tupida oscuridad. Y cuando ven perdidas las esperanzas de volver a ver a su amigo, el “Baunco”, inesperadamente, se hace presente. Los mira como si nada, y les dice:

- ¡Vamos, cabros! De este lado hay unas casuchas.

Rato después, los cuatro muchachos ingresan por lo que parece ser la calle principal de aquel caserío. Como la camanchaca se ha disipado un poco, pueden ver, entre las sombras de la noche, las siluetas de las casas, pero todo está en completo

silencio, no se siente el más mínimo sonido. Caminan lentos, iluminados solo por la débil luz de la luna, tratando de observar lo que hay a su alrededor.

De pronto, el “Baunco”, que va unos pasos más adelante, exclama:

- ¡Eh cabros, miren, allá hay una luz!

En efecto, en las últimas casas se divisa una pequeña y parpadeante luz. Sin pensarlo dos veces y casi atropellándose, se dirigen hacia la lucecita que se divisa a lo lejos

- ¡La cueíta! - exclama, con la cara llena de risa, el “Palometa” - ¡Menos mal que hay alguien despierto!

El “Pejerrey”, fue el primero en llegar, y sin más se puso a golpear la puerta como enajenado...

Tuvieron que sujetarle las manos para que no lo siguiera haciendo.

- Es que tengo frío y hambre. – se disculpa, “Pejerrey”.

- Nosotros también, pero...

El chirrido de la puerta abriéndose, interrumpe al “Baunco”, y antes que alguien alcance a hacer o decir algo, asoma en la entrada un viejito delgado que, con ojos de asombro, los mira de pies a cabeza por un buen rato sin decir absolutamente nada. Luego, con un leve movimiento de cabeza, los invita a ingresar al interior de la casa...

Al ingresar, los niños se percatan que la pieza es pobrísima. A simple vista, observan una pequeña mesa con dos banquetas de madera y un catre de fierro en un rincón. Sobre las sucias paredes cuelgan algunos retratos bastantes antiguos. Desde el techo cuelga encendido un pato-chonchón.

Los muchachos, tienen la sensación de haber llegado a un lugar bastante extraño, donde todo tiene olor a rancio, pareciera como si el tiempo se hubiese detenido para siempre en ese lugar. Asombrados, se sientan en las banquetas en completo silencio.

Mientras el abuelito, sentado en la orilla de la cama, los examina sin decir nada. Permanece por un buen rato en esa posición, hasta que, desde las piezas interiores, asoma una anciana, igual de delgada, con dos platos con algo que se parece a sopa y dos panes duros.

- Hace años que no sabemos de pan fresco - se disculpa la abuelita.

Los niños, sin perder tiempo, comienzan, casi con desesperación, a untar el pan duro en la sopa y a comer, sin preocuparse que esté fría, aguachenta y sin gusto a nada. Iniciativa que fue imitada, de inmediato, por los otros muchachos. Se comieron todo, y quedaron tan satisfechos que les dio bastante sueño. Le piden a la pareja de ancianos que, por favor, les permitan quedarse a dormir con ellos.

- En el piso vamos a estar bien - suplican todos.

Los ancianos se niegan, terminantemente, a tal petición, sin embargo, les dicen que la casa de al lado se encuentra desocupada. Que ahí pueden descansar sin problemas, y que no se preocupen, que nada les va a pasar. Por un momento se quedan viendo a aquellos dos amables ancianos, quienes, a la luz del chonchón, parecen ser transparentes y que se puede ver a través de ellos, pero están tan cansados que no le dan ninguna importancia.

Los cuatro niños, muertos de sueño, se trasladan a la otra casa e ingresan por una ventana. En su interior encuentran unos cartones, se tienden sobre ellos y se quedan, inmediatamente, dormidos.

Al día siguiente, no bien se despiertan, se dan cuenta, mirando por la ventana, que aquel caserío, es una oficina salitrera abandonada, donde la mayoría de las casas están en el suelo y no se ve alma alguna por ninguna parte.

- ¡Vamos donde los abuelitos! - exclama el "Cojinoa", pasándose, por enésima vez, la manga por las narices - a lo mejor tenemos suerte y nos convidan desayuno.

Resueltos se dirigen a la casa de los abuelitos. La puerta se encuentra entreabierta, llaman sin obtener ningún tipo de respuestas. Impacientes, deciden ingresar empujando la puerta, y solo después de varios intentos, ésta chirrió como si no hubiera sido abierta en años, sin embargo, la mayor sorpresa se la llevan al ingresar a la pieza en la que habían estado la noche anterior, y no pueden creer que esté toda derruida, que parte del techo se encuentre en el suelo, y que no esté ni la mesita, ni la cama, ni el chonchón, ni los retratos, nada, y de los abuelitos ni la sombra. Pobres chicos, les faltaron patitas para salir arrancando de aquel lugar. Por fortuna, no pasó mucho tiempo para que alguien se apiadara de ellos y los trajera de regreso a Iquique.

*Muchos años han pasado desde que ha Pedro, quien me ha contado esta historia, le tocó vivir esta extraña experiencia.*

*- ¿Sabes que aún recuerdo a aquellos dos viejitos? - me dijo aquella vez, mientras conducía su taxi colectivo por las calles de Iquique - parecían estar tan tristes y se veían tan solos. De solo pensarlo, aún se me pone la carne de gallina, pero debo reconocer que ellos, de alguna forma, nos ayudaron, nos protegieron y nos hicieron recapacitar. A los otros cabros no los vi nunca más. Creo que regresaron con sus familias. A mí, desde entonces, nunca más me volvió a ir mal.*